

XI



UANDO volvió al baile Saint-Julien, llamó su atención un personaje en quien aún no había reparado: era este un lindísimo escarabajo, llamado por los entomólogos *criocero* (1) *del lirio*. Producía este insecto en la asamblea gran sensación, no tanto á causa de su vestido, que excedía en perfección á todos los demás, sino por su cara que estaba maravillosamente imitada; llevaba una careta tan bien hecha, que el profesor de historia natural de la corte se frotó el ojo izquierdo, y se preguntó si tenía ó no delante de su pupila el cristal de su excelente microscopio, y en él un verdadero criocero. Luego que se hubo convencido de que verdaderamente estaba viendo un gigantesco escarabajo en proporciones reales y palpables, cayó en una especie de delirio, y pálido y desencajado exclamó alzando las manos cruzadas:

—¡Perdóname, oh supremo Hacedor de todo lo creado, per-

(1) Término de historia natural, compuesto de las dos palabras griegas que correspondencia en castellano es *carnero* y *cuerno*, con que se designa una especie de insectos que se crían en el cáliz de las flores.—(N. del T.)

dóname la muerte de tantos inofensivos insectos! ¡Sí, lo confieso, he asesinado á las más inocentes mariposas! ¡He atravesado con un alfiler y condenado á horribles suplicios á los más irreprehensibles coleópteros!.. (1). Pero no lo he hecho por odio ni por venganza, ¡no! y de ello pongo por testigo á la luz del sol, ó por mejor á la de la luna, que ya debe haber salido, porque son las dos y cincuenta y cinco minutos, con diez y siete segundos, y en esta estación...

—Por vuestra vida que volváis en vos, buen maese Cantárida (2)—exclamó la princesa, que apreciaba mucho al digno naturalista, apretándose la boca con el pañuelo por no dar á su corte el ejemplo de una jovialidad que hubiera degenerado en insultante; pero habiéndose acercado, como los demás, el criocero, para saber la causa del sofoco que le había dado á maese Cantárida, viéndole tan inmediato á sí, exclamó frenético el malhadado sabio:

—¡Oh espectro, espectro horrible! ¡Oh fantasma vengador!... ¡Aparta, aparta, déjame! ¡Ah! sí; verdad es que anoche mismo te cogí en el cáliz de una azucena; que te arranqué sin piedad de tu palacio embalsamado; que te saqué inhumanamente de entre el polvo de oro en que te refugiabas! Sí, yo dí fin á tu inocente vida; á una vida toda de amor, de libertad, de céfiro y de ventura! Y te despedacé miembro á miembro, víscera á víscera, y te ví morir en las convulsiones de una lenta agonía... ¡Oh! perdón, perdón... ¡ten piedad de mis remordimientos! ¿Qué va á ser de mí, cielo santo, si todos los insectos que he mutilado, descuartizado, empalado, se me aparecen en este instante, armados con sus cuernos, sus dientes, sus sierras, sus garras, sus agujones?...

No pudo resistir por más tiempo la gravedad de la princesa á tan estrafalario discurso; tuvo la desgracia de encontrar las miradas de la Ginetta, y en el mismo instante, como un empuje simpático, rebosó su alegría en estrepitosas carcajadas; al punto todos los cortesanos, aun los que no habían oído ni

(1) Término de historia natural, compuesto de las dos palabras griegas que corresponden en castellano á *estuche* y *alas*, con que se designa una clase de insectos notables por la forma especial de sus alas.—(N. del T.)

(2) Nombre que dan los naturalistas á cierta especie de mosca.—(N. del T.)

una jota de la arenga de maese Cantárida, se abandonaron sin freno á una alegría convulsiva. Se apretaron los riñones, abrieron las bocas de oreja á oreja, y aun hubo algunos que, hallándose á la vista de la princesa, esperaron obtener alguna atención revolcándose por el suelo de pura risa. Al estruendo de todas aquellas carcajadas, á la vista de todas aquellas contorsiones, creyó el pobre Cantárida que era llegada su hora y que se hallaba en el infierno en medio de una legión de demonios transformados en insectos, con lo que empezó á chillar y manotear como un energúmeno.

—Amigo mío—le dijo la princesa—serenáoos por Dios y considerad que todo esto no es más que una ilusión de vuestro cerebro que debéis tener algo trastornado; de algún tiempo á esta parte os entregáis demasiado al estudio, y vuestra alma sensible os crea remordimientos que envidiaría el más puro y austero de los cristianos. Dejaos, pues, de locuras, y venid á tomar parte en nuestros placeres y á admirar con nosotros el inimitable disfraz de este criocero.

—No, no—respondió el naturalista—eso no es obra del arte; nadie es capaz de imitar la fisonomía de un insecto con tanta perfección; yo mismo no hubiera podido hacerlo, y sin embargo no hay en el mundo más que un solo hombre que me sea superior en el conocimiento de esta ciencia, y es un joven á quien conocí en París y se llamaba...

En este instante el criocero, que estaba precisamente detrás de maese Cantárida, se le acercó al oído y le dijo en voz baja una palabra que hizo al sabio estremecerse de pies á cabeza.

—¡Cielo santo!—exclamó—¿será posible?

Y echándose en los brazos del criocero, le apretujó de tal suerte que se rompió un ala y tres patas, porque es de advertir que el digno profesor había elegido el traje del lindo insecto cuyo nombre le había dado por apodo la princesa.

Viendo ésta terminarse de un modo tan sentimental una escena tan grotesca, dejó á los dos avechuchos retirarse á un lado y hablar allí largamente de sus asuntos, cuando el abate Scipione que, por un favor especial, estaba encargado aquel día de hacer las veces de maestro de ceremonias, se acercó á ella humildemente solicitando el favor de decirle cuatro palabras. Llamóle Quintilia á un balcón corrido, junto al

cual se hallaba, y fué el caso que Saint-Julien, que nunca la perdía de vista, saliendo por otra puerta vidriera, se halló también en el balcón, casi al lado de ella, pero protegido por un denso bosquecillo de geranios y de fragantes clemátides.

—Excelsa señora—dijo el abate—aquí se presenta un incidente de la más alta importancia, pero sobre el cual me es absolutamente imposible tomar un partido cualquiera sin consultar la voluntad expresa de vuestra Alteza.

—Habla, Scipione—respondió Quintilia;—veamos qué es lo que te apura.

—Vuestra Alteza—dijo el abate—me ha dado la consigna de no dejar entrar á nadie con careta, y sólo se ha dignado permitir que cada cual pudiese adaptar á su cabeza ó á su rostro un rasgo distintivo del insecto que representa: así es que unos se han puesto narices postizas, otros frentes metálicas, otros ojos de cristal, etc., pero el caso que se presenta es muy distinto.

—Ea, sepamos!—dijo la princesa impaciente.

—Conozco que abuso del precioso tiempo de vuestra Alteza—repuso el abate—pero no puedo menos de hacerle presente una notable infracción de las leyes establecidas. El criocero del lirio, como le llama, si no me engaño, maese Cantárida...

—¡Bueno, bueno! Adelante!

—Me tomaré la libertad de hacer observar á su Alteza que ese individuo trae una máscara completa, que no me deja ver ninguna parte de su rostro. Esta circunstancia no se le habrá escapado á la alta penetración de mi soberana, por lo que acaso no debí...

Hizo Quintilia un ademán de impaciencia; el pobre abate calló todo confuso; luego prosiguió temblando:

—Creí que era un deber en mí someter al dictamen de vuestra Alteza esta dificultad, y si aprueba la excepción en favor del...



—Nada de eso—replicó bruscamente la princesa.—¿Quién se ha atrevido á quebrantar mis órdenes? ¿Cómo se llama este sujeto?

—¡Dios mío! señora, yo nada sé... creía que vuestra Alteza le conocía.

—¡Cómo es eso!—exclamó indignada Quintilia.—Aquí, en mi mismo palacio, en mis salones, hay una persona que no sabéis cómo se llama! ¡Un desconocido, un insolente, un espía tal vez! ¿Y á eso llamáis cumplir con vuestra obligación? ¡Por mi vida que os he de despedir!

—¡Señora!—exclamó el abate consternado y cayendo de rodillas.

—Id, señor mío—repuso Quintilia con tono imperioso—id á averiguar el nombre del que así me desobedece y me provoca; aquí espero la respuesta, y si no es un convidado, que le echen al instante de mi palacio.

El pobre abate, pálido é inundado de un sudor frío, se precipitó al baile repitiendo con sorda voz:—*¡Maschera! ¡ah maschera maledetta!*

—Caballero—dijo al intruso con una arrogancia de que hacía alarde por primera vez de su vida;—¿quién sois? Su Alteza quiere saberlo.

Acercóse el extranjero al oído del maestro de ceremonias y le dijo su nombre.

Pero no produjo en él el mismo efecto que en maese Cantárida.

—No os conozco—dijo el abate—y como no estáis convidado, tengo orden para hacer que salgáis de aquí.

—Decid primero mi nombre á la princesa—respondió el máscara—y si manda que me retire...

Seguramente hubiera empezado entre ambos un vivo altercado, á no ser por la intervención de maese Cantárida.

—¡Él!—exclamó;—¡hacerle salir á él, al primer entomólogo del mundo, al hombre más amable que he conocido en mi vida!... Quedaos aquí, amigo mío: voy ahora mismo á decir vuestro nombre á la princesa...

—Es inútil—respondió el extranjero;—la princesa me conoce y bastará que el señor tenga la bondad de decirla mi nombre.

Cedió por fin el abate, aunque de mala gana, y volvió al

balcón donde le esperaba la princesa: iba dando diente con diente, y apenas pudo articular el nombre del intruso.

—¡Rosenhaïm!—exclamó Quintilia fuera de sí.—¿No me engaña el oído? Habla más alto... pero ¡no, no! Habla más quedo. ¡Rosenhaïm dijiste!

—Rosenhaïm—replicó el abate, próximo á desfallecer.

Pero la princesa, en vez de llenarle de denuestos, lanzó un grito, y echándose en sus brazos exclamó:

—¡Amigo mío! ¡Amigo mío!

Creyó al principio el cuitado que trataba nada menos que de desgolletarle, pero cuando vió brillar en sus ojos la alegría y sintió sobre sus descarnadas mejillas el contacto de una boca serenísimas, se precipitó de rodillas y no pudo expresar su sorpresa y su gratitud sino derramando un torrente de lágrimas. Entonces la princesa, temiendo que la hubiesen oído, echó en derredor una inquieta mirada, y acercándose al oído de Scipione, le habló en voz tan baja, que no pudo Saint-Julien oír más que las últimas palabras:—¡Y sobre todo, calla como un muerto!

—Esto es hecho—dijo Luís para sí:—ya llegó la crisis y seguramente voy á descubrir algún misterio infernal.

Cinco minutos permaneció la princesa en el balcón, inmóvil como una hermosa estatua, iluminada por la luna; luego alzó los brazos de repente hacia el cielo tachonado de infinitas estrellas, lanzó un hondo suspiro, apoyó una mano sobre su corazón y volvió al baile con rostro completamente sereno.

Buscó Saint-Julien con los ojos al misterioso extranjero, pero ya había desaparecido; poco después se retiró la princesa y no se la volvió á ver. Pasó Luís el resto de la noche rondando por el palacio sin poder descubrir cosa alguna, cuando de nuevo se halló cara á cara con Galeotto en la escalera principal.

—¿Á dónde vas?—le dijo.

—Ando buscando al criocero—respondió el paje;—pero es preciso que se haya echado á volar por esos aires y que sea un verdadero escarabajo, como decía el buen maese Cantárida...

—Creo que por hoy nada descubriremos—dijo el secretario;—estoy rendido y me voy á acostar.

—Pues yo juro no acostarme hasta descubrir quién es ese pajarraco.

—¿Sabes quién es un tal Rosenhaim?—preguntó Luís.

—Ni por asomo—respondió el paje.

—Pues en ese caso nada sabemos—respondió Saint-Julien, y esto diciendo se retiró á su cuarto.

XII



ON que en fin, amigo Cantárida—decía al día siguiente Quintilia á su sabio bibliotecario—¿toda aquella escena trágica no era más que una pantomima?

—Como he tenido el honor de decírselo á vuestra Alteza.

—¿Pero sabes, caro maestro, que tu comedia podría muy bien parecerme algo impertinente?...

—Acaso haya sido de mal gusto, pero vuestra Alteza debe perdonarme en favor del desenlace.

—Cierto, cierto que sí, amigo mío; pero guárdate de hacer alarde con nadie, sea quien fuere, de esa invención; á todos los has embaucado con ella y no todos tienen los mismos motivos que yo para perdonártela. Estoy segura de que á estas horas no se habla de otra cosa en toda la corte, que de la singular manía que le dió ayer á tu pobre cerebro en lo mejor del baile, de resultas de un trabajo excesivo, de estudios demasiado graves.

—Ya han estado esta mañana más de treinta personas—respondió el sabio—á informarse de mi salud, y por no descubrir-

me, aunque declaré que me hallaba infinitamente más aliviado, afecté evitar con horror toda especie que tuviese relación con la historia de los insectos.

—Y por eso mismo las buenas almas—replicó la princesa—habrán buscado con empeño todos los medios posibles de sacar esa conversación, á fin de satisfacer su curiosidad á riesgo de agravar tu locura: pero explicame una circunstancia que no comprendo bien. Nuestro amigo me ha contado cómo, con el objeto de sorprenderme, te avisó su llegada, cómo tú le recibiste y ocultaste en tu pabellón del parque donde le disfrazaste con toda perfección; ya alcanzo por qué razón, viendo que yo no hacía el menor caso de él, te descolgaste con aquel ridículo monólogo que tanto nos hizo reír á todos mientras tú te reías allá para tus adentros de nuestra credulidad y de tu malicia; pero dime, ¿por qué después que yo procuré calmarte aunque en vano, cuando el criocero se te acercó al oído é hizo como que te decía alguna palabra misteriosa, diste aquel grito de sorpresa y te echaste en sus brazos como si hubieras recibido una noticia inesperada?

—Hícelo, augusta princesa—respondió el profesor—con el objeto de fijar más en él la atención de vuestra Alteza, que si me hubiera escuchado con cuidado, ciertamente hubiera adivinado al punto quién era el personaje en cuestión. Estas fueron al pie de la letra mis palabras...—«¡y sin embargo no hay en el mundo más que un solo hombre que me aventaje en esta ciencia!...»

—Me acuerdo muy bien del resto de tu frase—interrumpió la princesa.—«Y es un joven á quien conocí en París y que se llamaba...» Entonces te dí un buen pellizco en el brazo, porque creyéndote en realidad loco rematado, temí que ibas á pronunciar aquel nombre que jamás debe salir de... ¡Pero silencio!... ¿No te parece que acaba de pasar alguno por delante de esa ventana? ¡juraría haber visto una sombra en la pared, detrás de nosotros!

—No lo creo—respondió el profesor—pero para más prudencia, cerremos las puertas y las ventanas.

Esto diciendo fué gravemente el profesor á cerrar la ventana junto á la cual el pícaro de Galeotto, acurrucado entre unos jazmines, había escuchado el diálogo precedente; no pudo por lo tanto oír más y volvió al palacio algo mohíno y

fastidiado de que le hubieran impedido apoderarse del famoso secreto.

Pasaron aquel día y el siguiente sin que pudiesen Saint-Julien y el paje ver á la princesa más que en público. No se admiraba el primero de verse proscrito de las habitaciones particulares de su Alteza, y los muchos disparates y locuras que le pasaban por la cabeza, le impedían abandonarse á la pesadumbre que sentía, á pesar suyo, de haber perdido su privanza. No sé si fué un resto de cariño á Quintilia ó su ansia de averiguar lo que tanto anhelaba saber, lo que le hizo acceder á los consejos é instancias de Galeotto, pero ello es cierto que nunca salía de palacio. Desplegaba el paje tanta actividad y sutileza en sus investigaciones, que logró en cierto modo convertir al melancólico y honrado Saint-Julien; comunicóle un poco de su maligna alegría, y el joven, persuadido de que todo aquello era un sueño, adoptaba irónicamente un carácter enteramente distinto del suyo propio.

Pero al cabo de veinticuatro horas, esta disimulación llegó á serle insoportable; su alegría cesó de repente; todo lo que le rodeaba le causaba horror. Sintióse abrumado de fastidio y de tristeza, y una noche, en el momento en que empezaban á alzarse en alas de las frescas brisas los preludios del concierto que se daba en la corte, embozóse en su capa y alejándose con rápidos pasos, cruzó el parque y llegó á una reja que daba sobre el campo. Subió entonces á la cima de una de las colinas que rodeaban el palacio y anduvo errante cerca de dos horas por los espesos bosques circunvecinos, al cabo de las cuales se halló en una hermosa pradera, donde, rendido por el cansancio, se tendió sobre la verde hierba y permaneció largo tiempo sumergido en vagas y tristes meditaciones...

Acababa de levantarse para volver al palacio cuando vió á un joven de gallarda presencia, apoyado en el tronco de un árbol á pocos pasos detrás de él; cuando pasó á su lado Saint-Julien, saludóle cortésmente el desconocido y le siguió á corta distancia. Como el héroe de esta historia había tomado alguna delantera y bajaba á muy buen paso la cuesta del sendero que ambos seguían, llamóle el desconocido dándole el título de *signore* y le suplicó que tuviese la bondad de esperarle un poco.

—¿Qué manda vuestra merced?—preguntó Saint-Julien. Reconoció el otro en estas pocas palabras dichas en italiano, el acento francés de Saint-Julien, y hablándole en este idioma con suma facilidad aunque con mucho acento alemán, le pidió permiso para volver con él á la ciudad.

—Usted me dispensará si es indiscreta mi súplica—añadió: —soy extranjero y recién llegado á este país; no conozco esta senda y tengo además la vista muy corta. Si no le soy á usted importuno, seguiré sus pasos y me aprovecharé de su mayor experiencia de estos sitios.

—Y en ello tendré una verdadera satisfacción—respondió Saint-Julien á quien desde el primer momento cautivaron la agradable voz y buen porte del extranjero;—voy á acortar el paso y aun así estoy seguro de que con tan grata compañía me parecerá más breve el camino.

Pronto entablaron conversación en efecto, empezando por la música y pasando á todas las generalidades sobre que pueden departir dos personas que no se conocen.

Tan agradable fué para entrambos esta conversación, que estableció entre ellos una especie de simpatía y les inspiró el deseo de prolongar aquel buen rato; propuso el extranjero á Saint-Julien que entrara con él en un café, y habiendo Luís aceptado, pidieron cerveza, con lo que pasaron juntos una hora más. Dijéronse mutuamente sus nombres y su profesión.

—Yo soy de Munic—dijo el extranjero;—me llamo Spark y tengo treinta años; soy estudiante y nada más. No soy rico, pero tengo mucha afición al estudio y soy bastante económico para contentarme con mi suerte y mirar la vida como cosa muy llevadera. Hace algún tiempo que viajo con el objeto de instruirme y la casualidad me ha traído á este pequeño principado cuyo aspecto me ha parecido tan halagüeño que he resuelto pasar en él algunas semanas. Mucho celebraré que nos veamos de cuando en cuando en este café y que demos algunos paseos juntos cuando no tenga usted cosa mejor que hacer.

Aceptó Saint-Julien con mucho gusto y se citaron para el día siguiente á la misma hora y en el mismo sitio.

Cuando volvió Saint-Julien á palacio, ya se había terminado el concierto: acababan de dar las doce y la princesa, ren-

dida de tantas vigiliass, se había retirado á su cuarto: mas no bien hubo entrado en el suyo el joven secretario, cuando llamaron con mucho tiento á su puerta y por el agujero de la cerradura le dijo la Ginetta que su Alteza le llamaba.

